

ción e incluye un importante material iconográfico de gran valor histórico, con más de 300 imágenes, entre fotografías, grabados, mapas y planos, que en muchos casos ven la luz por primera vez. Sin duda, un trabajo destinado a satisfacer las expectativas tanto de los lectores provenientes de los ámbitos

académicos, como de aquellos que, simplemente, pretendan forjarse una idea acerca de aquel conflicto y conocer la apasionante historia protagonizada por los hermanos Wils y los que les acompañaron en su particular cruzada.

CRISTINA BARREIRO

Juan Ramón DE ANDRÉS MARTÍN, **El Virreinato de la Nueva España frente a la Constitución de Cádiz durante el período de la Independencia de México. La llave histórica de Lucas Alamán**, Madrid: Editorial Dykinson, 2018, 144 p., ISBN 978-84-9148-647-3

Juan Ramón de Andrés es autor de una extensa producción historiográfica que compone una decena de libros y numerosos artículos. Entre los primeros sobresalen monografías dedicadas a la figura de Juan Vázquez de Mella –*El cisma mellista* (2000)–, a la controvertida actuación del guerrillero navarro Javier Mina en el Virreinato de Nueva España –*El Imperio español contra Mina* (2008)–, y al gobierno (1671-1676) de otro navarro eminente, José García de Salcedo, en la provincia novohispana de Nueva Vizcaya –*Al servicio de ambas Majestades* (2016)–. Son títulos que señalan dos ámbitos de interés preferente del autor: el carlismo y la historia de México. Juan Ramón de Andrés ha trabajado en varias universidades de ese país, a lo largo de doce años, y es miembro actualmente de su Sistema Nacional de Investigadores (CONACYT).

El presente estudio se centra en la producción historiográfica de una de las personalidades más destacadas de

la historia de México, Lucas Alamán, protagonista de importantes empresas de orden político, económico y cultural en las primeras décadas del México independiente, desde la ruptura inicial con España hasta la presidencia del general Santa Anna, cuyo ocaso dio comienzo precisamente a la muerte de Alamán, que fue el más acreditado asesor de quien se tituló “Defensor de la Patria”.

Lucas Alamán y Escalada (1792-1853), de quien Humboldt dijo que era una de las inteligencias mejor cultivadas que había conocido, fue el más preclaro intelectual del conservadurismo mexicano. Nacido en Guanajuato, pertenecía a una familia española que había hecho fortuna en el campo de la minería. Recibió una educación exquisita y, tras estudiar en el Colegio de Minas de México, amplió sus estudios en universidades alemanas y en París.

Concluido su primer periplo europeo, al que seguirían otros, Alamán se implicó gradualmente en la polí-

tica de su patria, conmocionada a la sazón por las secuelas de la invasión napoleónica, la revolución gaditana y los prolegómenos de la sublevación del Virreinato novohispano. Fiel a sus raíces, Alamán llegó tempranamente a la convicción de que la emancipación, siendo inevitable, solo fructificaría si, desechado el liberalismo radical, era reconducida según pautas de gobierno tradicionales, experimentadas y socialmente estables. Las convulsiones que generó el experimento constitucional peninsular le movieron a propiciar en México regímenes de carácter monárquico y no republicano, afectos a la confesionalidad católica y no secularizadores, fieles a la tradición hispánica y no pagados de míticas raíces mexicas.

A lo largo de su vida Alamán consagró esfuerzos incansables al progreso económico y cultural de su país. Fue el máximo impulsor en su tiempo de la industrialización de México y un decidido promotor de la educación en su patria. “Sin instrucción no hay libertad –afirmaba– y, cuanto más difundida esté aquella, tanto más sólida se hallará ésta”. Suele contraponerse, por a priori doctrinal, la ideología conservadora de Alamán y el carácter progresista de sus planteamientos industriales y económicos, desdeñando así la altura intelectual y el espíritu emprendedor de las clases acomodadas novohispanas prerrevolucionarias, portadoras de un rico patrimonio que no tardaría en verse dilapidado.

Fue también Alamán un notable historiador, autor en ese campo de dos

obras destacadas: *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la Independencia* (1844) y una crónica de su tiempo, compuesta entre 1849 y 1852 en cinco volúmenes, titulada *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon la Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*. Se trata de obras cuajadas de referencias eruditas y de experiencias de primera mano, de carácter político, económico y sociológico. Juan Ramón de Andrés centra su estudio en el análisis crítico en la segunda de ellas, obra fundamental para el conocimiento de los orígenes del México independiente.

De Andrés presta especial atención en su estudio de la *Historia de México* de Alamán, a su relación con el *Cuadro histórico de la revolución de la América Mexicana*, redactado treinta años antes, en 1820, por el destacado insurgente liberal Carlos María de Bustamante. El cotejo de ambas obras proporciona claves para entender las distintas versiones de la realidad que se enfrentaron en el México naciente. De Andrés maneja, además, una bibliografía selecta, de la que extrae noticias complementarias y valiosas referencias de orden crítico sobre el autor, su obra y su época.

En síntesis, el estudio de Juan Ramón de Andrés despliega una temática triple. Primero la figura de Alamán, cuya personal versión del proceso histórico del que fue un protagonis-

ta destacado se refleja con viveza y elegancia en su relato de lo acaecido, que Juan Ramón de Andrés glosa con acierto. Alamán es un intérprete autorizado que proyecta sus inquietudes, ilusiones y fracasos en la epopeya de un mundo que se alzaba nuevo sobre otro que también lo había sido. En un segundo nivel el estudio, analiza la configuración de la *Historia de México* como obra historiográfica: el método del autor, la coherencia interna del texto, la amplitud de su estilo y la riqueza de los contenidos que ofrece sobre un período complejo. Finalmente, la obra ilustra el devenir histórico de México a lo largo de casi medio siglo, pues Juan Ramón de Andrés, al hilo de la *Historia* de Alamán, brinda al lector un recorrido docto de la fase germinal del México contemporáneo.

La lectura del libro de Juan Ramón de Andrés proporciona, en efecto, en la estela de Alamán, una visión de lo que entonces sucedió en México, contrapunto convincente de otras versiones más acordes con los criterios oficiales en vigor actualmente, justificadoras –“blanqueadoras” se diría en el argot actual– de un proceso que en sus primeras fases aniquiló despóticamente una sociedad estable, prometedora y culta. Alamán se opone frontalmente a la pretensión central de Bustamante que, como tantos de sus contemporáneos, exalta la “epopeya libertaria de 1810” y fomenta la idea, en línea con la leyenda negra antiespañola, de que la conquista había sido una usurpación, y la independencia

la liberación de un pueblo privado de sus genuinos derechos y sojuzgado. Alamán, que vivió la realidad de los hechos se decanta por la figura de Iturbide, en quien ve al auténtico libertador de México, porque, a pesar de sus contradicciones y desvaríos, concibió el México de la independencia como “nación renovada”, cuyo origen radicaba en la conquista española y en su legado social, cultural y religioso.

El *Virreinato* de Juan Ramón se organiza en seis capítulos. En los dos primeros se considera la efervescencia política inicial en el Virreinato y el desarrollo de la primera fase revolucionaria (1808-1811), los antecedentes de la revolución mexicana, los efectos funestos de la expulsión de los jesuitas y del proceso constituyente gaditano, que no sirvió para reformar la monarquía, sino que, al decir de Alamán, socavó sus cimientos e introdujo en México fermentos disolventes. Con despliegue de datos, se considera el desarrollo de las insurrecciones de Hidalgo y Morelos, a las que Alamán caracteriza de “reunión monstruosa de la religión con el asesinato y el saqueo”, conmixión extraña que el prócer mexicano analiza en profundidad. Destaca el hecho, que cuantifica, de la presencia mayoritaria mexicana, muy superior a la de intervinientes españoles, en el ejército realista que luchó contra los rebeldes.

En el capítulo III se aborda la quiebra del principio de legitimidad de origen en el México hispano, sujeto a partir del impacto del liberalismo

peninsular al albur de sucesivos proyectos de inspiración inevitablemente revolucionaria. Siendo así, también, que la aplicación de la Constitución de Cádiz, según Alamán, “echó también por tierra la maquinaria administrativa virreinal que funcionaba con eficacia desde hacía tres siglos” y, de ese modo, determinó que la condición de los indios empeorase notablemente, pues a cambio de su conversión en ciudadanos se eliminaron las sabias disposiciones contenidas en las leyes de Indias que los protegían y amparaban. Asimismo, se consideran los proyectos monárquicos de instauración en México de miembros de la familia real, con los que Alamán simpatizó en cierto momento; también el papel que el clero desempeñó en el proceso revolucionario inicial, con grave responsabilidad en hechos oscuros y sangrientos, reflejo de las deficiencias entonces del estamento eclesiástico. Alamán propugnó siempre la necesidad imperiosa de una reordenación o reforma de la sociedad, que entendía debería hacerse a través de una constitución moderada, aspiración que trató de plasmar por vez primera en el proyecto de reforma de la Constitución de 1824.

En los capítulos IV y V, se consideran el desenlace de la insurrección de Morelos, la intervención de Francisco Javier Elio, las divisiones internas del partido realista en torno a la cuestión constitucional, la actuación del virrey Apodaca, las acciones masónicas, la expedición fallida de Renovales y, sobre todo, la trayectoria de Iturbide.

Alamán considera que la auténtica independencia de México fue obra de Iturbide tras la aprobación del Plan de Iguala (1821), que contó con el apoyo de un elevado número de españoles y fue un proyecto razonable, con un planteamiento concentrado y viable del poder. Error de Iturbide fue, sin embargo, la cesión de ese poder a una Junta Provisional Gubernativa, que terminó imponiéndose y dio paso a planteamientos republicanos. Cuando, en 1822, Iturbide fue proclamado emperador constitucional de México, Alamán cree que debiera haber recuperado las riendas y convocado un nuevo Congreso. Fracásó porque no supo generar una “nueva monarquía” que conjurase la inestabilidad existente.

En el capítulo final se considera el desarrollo político subsiguiente a la caída de Iturbide en marzo de 1823. Un contexto acusadamente inestable, en el que la Constitución de 1824 dotó a México de un sistema federal copiado de los Estados Unidos que, en opinión de Alamán, sirvió para “desunir lo que estaba unido”, porque la federación propiciaba los vicios dominantes de los mexicanos: la ambición de empleo y la prodigalidad.

La carrera de Alamán prosiguió su recorrido más allá del marco cronológico de su *Historia*. En 1849 advino a la presidencia del Ayuntamiento de México, donde puso a prueba sus ideas, que incluían proyectos monárquicos y la reconsideración crítica del primer período de la independencia, lo que le costó el po-

der. Su carrera se reavivó, no obstante, cuando el general López de Santa Anna, hombre fuerte de México durante dos décadas, le elevó al cargo de Secretario de Relaciones Exteriores, cargo que ya había ocupado en ocasiones anteriores, y que le permitió en esta ocasión llevar a cabo una fecunda labor administrativa. Pudo entonces

realizar su sueño de abolir el federalismo, cuando, en abril de 1853, elaboró las bases para la administración de la República. Dos meses después fallecía, a los 60 años de edad, desapareciendo con él una de las mentes más preclaras en el México de su tiempo.

ANDRÉS GAMBRA GUTIÉRREZ

Juan AVILÉS, José Manuel AZCONA y Matteo RE (eds.), **Después del 68: la deriva terrorista en occidente**, Madrid: Silex, 2019, 631 p., ISBN 978-8477379959

La historiografía europea ha avanzado notablemente en el estudio parcial del terrorismo de los años setenta y ochenta. Como bien indican los autores, el conocimiento sobre bandas terroristas como ETA en España, las Brigadas Rojas en Italia o el IRA irlandés es amplio, al disponer ya de una literatura científica abundante y de calidad. Pero faltaba una obra que permitiera un análisis de conjunto. Este libro cumple esa función, y lo hace con precisión, calidad y exhaustividad. Pero todavía más importante que lo que la obra demuestra, desde el alto número de muertos que esa oleada terrorista produjo en Europa, en especial en Italia, España y el Reino Unido, hasta el carácter global del fenómeno, es el notable intento de encontrar sus fundamentos ideológicos y las raíces, desvirtuadas según los autores, de los mismos en ese magma de revolución cultural que el mundo occidental experimentó desde la segunda mitad de los años sesenta, con su representación icónica en el Mayo francés del 68.

El libro, sin embargo, permite extraer una importante conclusión: y es que, a pesar de ese complejo y confuso revolucionarismo genéricamente de “izquierdas” que tuvieron la mayor parte de las bandas terroristas que surgieron en esos años, el terrorismo más sangriento y activo siguió respondiendo a razones étnico-nacionalistas, aunque combinadas con esa nueva fuerza que representó el socialismo revolucionario. Los estudios sobre el IRA o la ETA lo demuestran de forma convincente, introduciendo una interesante argumentación que permite comprender las razones por las cuales ese terrorismo nacionalista-separatista alcanzó enorme fuerza en el Reino Unido y España y, sin embargo, tuvo muchas mayores limitaciones en los casos de Escocia, Cataluña, Bretaña o Córcega. Se señala solamente como ejemplo de la enorme complejidad del fenómeno estudiado por los autores y la imposibilidad de caer en determinismos o prejuicios desenfocados.